ANALES DE LITERATURA CHILENA
Año 26, junio 2025, número 43, 461-473
ISSN 0717-6058

CRÓNICAS

María Monvel

Los viejos errores sobre la mujer[1] (1922)

Es curiosa y digna de atención la manera consecutiva e invariable con que los hombres han errado desde el principio del mundo al juzgarnos a las mujeres. Ni los antiguos con sus leyes arbitrarias, ni los de la Edad Media, que veían en cada mujer una posible endemoniada, ni los modernos con sus antojadizos puntos de vista y sus argumentos en pro y en contra, demuestran el menor conocimiento sobre la verdad de nuestra psiquis, en realidad menos complicada, mucho más sencilla de lo que pudiera suponerse. Ofuscados a causa de sus mismos errores y del incalculable número de sus contradicciones, se pierden en razonamientos tortuosos, en análisis demasiado sutiles, mientras algunos, los más justicieros, suelen exclamar casi suspirando: "Qué obscuro enigma es la mujer!"

Toca ahora preguntarse, mientras siguen los hombres inventando nuevas teorías, ¿qué piensa la mujer? "La mujer no piensa —argüirá más de un schopenhaueriano—[2], ya que el hecho de pensar supone la frecuencia en las ideas y las mujeres deben tenerlas tan cortas como largos son sus cabellos". Pero si con el correr de los años, las cabelleras femeninas no alcanzan ya la antigua longitud, ¿no habrá sido posible que sus ideas se hayan desarrollado con la misma facilidad? Si logramos probarlo, el más ilustre de los misóginos[3], el agrio autor de *Parerga y Paralipómena* acaso resulte mal puesto.

Las mujeres, escudadas tras de su invulnerable coquetería, sonríen, sonríen (¿cómo negar o defender nuestra coquetería?) ante los helados volúmenes del oso tudesco que olvida el valor de los sentimientos porque solo ha visto el espectáculo del mundo como una simple voluntad y representación. Sonríen, porque acaso piensan que los filósofos

---

[1] El texto base utilizado para esta transcripción es el aparecido en *Rodó, Revista mensual de Literatura, Bellas artes, Historia, Sociología y Crítica, en el n°3, de junio de 1922.* El texto fue reproducido en n°10 de *Repertorio americano*, del 26 de noviembre de 1923.

[2] Se han añadido estas rayas debido a que la expresión explicativa de Monvel aparecía tan solo entre comas en el original.

[3] "misógenos" en el original.

y sus teorías no deben preocuparlas mayormente mientras el mundo ruede y ella siga ejerciendo el pasivo dominio que impone su esclavitud risueña.

Pero es tiempo de dejar de reír. ¿Por qué no habría de intentarse la obra reparadora que procure desmentir a sus más fieros impugnadores, desde los que la odiaron siempre por oscuro rencor hacia la vida misma, ya que ella se inició en un vientre de mujer, hasta los que se engañan de buena fe y la calumnian con amor, porque la desconocen?

De los últimos, entre los que se encuentra Lombroso, que nos estima y Michelet que nos adora, nos defenderemos con amistad porque son nuestros amigos, buenos amigos mal informados, que resultan heroicos en la sublime generosidad de amarnos a pesar de la ninguna virtud que nos atribuyen. Habituados ambos a la filosofía y a la erudición, estudiaron demasiado y sintieron poco. Mientras el primero analizó nuestro cráneo sin cogernos las manos ni mirarnos jamás hasta el fondo limpio de las pupilas, el segundo nos cubrió de flores imaginando la novela de una idealidad absurda en la cual la fantasía le arrastró muy lejos de toda realidad. Ni ellos ni los otros fueron capaces de auscultar la verdad en el latido de nuestro corazón porque no quisieron escucharlo, desde que el necio Adán culpó cobardemente a su compañera de haberse dejado tentar por la serpiente de la eterna curiosidad, cuando él, el fuerte, el predilecto depositario de la palabra de Dios, fue en verdad el único tentado y obligado a rendirse por su propia flaqueza. La injusticia es visible y así, desde el principio del mundo la mujer ha venido siendo víctima indispensable de acusaciones parecidas, contra las cuales nunca pudo o nunca quiso defenderse.

"La mujer es física e intelectualmente un hombre retardado" dice Lombroso, y luego, como para aligerar aderezándola esta, su cruda afirmación, agrega: "pero el hecho de que sea ella más piadosa y menos criminal, compensa esta inferioridad". Todo lo cual no obsta para que luego se contradiga cien veces en el curso de su peregrina obra: *La femme criminelle et la prostituée* [(1896)].

Y ya lo hemos advertido: Lombroso es uno de nuestros amigos… No se crea sin embargo que nos anticiparemos a afirmar la igualdad de nuestra capacidad intelectual con la del hombre. Si hemos de hablar sin embozo, estamos muy lejos de creerlo. Pero esta inferioridad que no trepidamos en reconocer, ¿es biológica, y por lo tanto irremediable, o es debida únicamente a la ancestral inactividad a que ha sido sometido nuestro cerebro? He ahí el problema, y la esperanza que nos concede la actual realidad.

Hoy por hoy, una mujer solo por excepción es capaz de grandes empresas intelectuales. Aun cuando posea iniciativas evidentes, carece de las fuerzas necesarias para llevarlas a buen término. Además suele faltarle con demasiada frecuencia la confianza en sí misma, sin la cual no hay éxito posible. Las mujeres "genios" aún no han existido en las civilizaciones de occidente. En cuanto a las de oriente, ni siquiera se puede hacer mención, dada la regresión medioeval en que sigue encontrándose la condición mental y social de la mujer.

Solo han existido mujeres de talento, tanto más brillante cuánto más viva ha sido su sensibilidad. ¿Nombres? Cogidos al azar: Ellen Key, Selma Lagerlöf, Colette, Gabriela Mistral, Mme. de Noailles, Juana de Ibarbourou.

Solo de una mujer puede decirse que haya llegado al rango de una mujer genio, y es Mme. Curie. Sin embargo ha declarado con hidalga franqueza: mi marido es quien me ha educado; sola, nada habría llegado a ser. A pesar de todo, solo debemos creer en nuestra inferioridad circunstancial, y no perder la esperanza de que en nuestro sexo también se dé el genio. Acaso falten años, quizás siglos, pero aquel día llegará con la obra lenta y acrisoladora de la evolución humana. No son, pues, derechos de superioridad o de igualdad los que venimos discutiendo. A este respecto tiene la palabra el porvenir. Lo que nos impulsa a una ardiente, casi a una airada protesta, tras larga e ignominiosa pasividad, es el perenne y deliberado error de los hombres, que nos siguen atribuyendo hoy como ayer, una inferioridad mezquina, hija de vicios pequeños, de "defectillos" sin importancia, de pueriles iniquidades.

Existen vicios que, aunque añejos con más frecuencia al temperamento de los hombres, son considerados como propios y exclusivos de la mujer, inevitable en ella casi por ley biológica.

De esta manera todas deben ser forzosamente parlanchinas, curiosas, embusteras, avaras, falsas, imprudentes, indiscretas, peligrosas y, por último, enemigas declaradas de toda paz y concierto.

En este sentido, es la imaginación popular quien ha realizado la mayor propaganda. Son infinitos los refranes, cuentos y proverbios que, unido a las afirmaciones de los hombres de ciencia, han sido acogidos después por generaciones sucesivas, cultas e incultas, para lanzarlos al rostro de la mujer cada vez que se ofrece, en son de broma cariñosa o de afirmación rotunda.

La frivolidad es, de los pequeños vicios, el más atribuido a las mujeres. Schopenhauer, especialmente, nos tuvo por excesivamente frívolas y por demasiado necias cuando así juzgó de nuestras preferencias de las que nunca supo nada:

"Las mujeres no se cuidan poco ni mucho de la hermosura del rostro. En general es la fuerza y el valor lo que las seduce. Las cualidades intelectuales no ejercen sobre ellas ninguna influencia directa e instintiva; la tontería no es despreciable para las mujeres, más aún, respecto de ellas, es peligroso poseer una inteligencia superior, y sobre todo 'genio'. Es innegable que el valor y la fuerza ejercen en las mujeres un arrebato momentáneo y un vivo entusiasmo".

Lo ejercen en todo el mundo, y con más frecuencia y pasión en los hombres que en las mujeres. Para referirnos solo a la época contemporánea ¿quiénes son los que convierten en verdaderos dioses al boxeador y al torero? La mujer asiste por excepción a los campeonatos de box, y en las plazas de toros se limita a aplaudir con discreto entusiasmo la gallardía y la presencia del torero, que ante la arremetida ciega, aparece tan frágil, tan heroico, tan digno, que recuerda la leyenda de David y Goliat. Pero mientras la mujer

aplaude, ¿qué hacen los hombres? Fuera de sí, delirantes, ¿no arrojan a la arena los sombreros, los zapatos y hasta las corbatas que llevan puestas? A permitírselo el decoro, no dejarían prenda sobre sí que no arrojan a sus favoritos en señal de aplauso o descontento. No negamos que los toreros y los boxeadores reciban, como ellos mismo suelen alardear ante quienes los interrogan para los periódicos, "esquelas perfumadas por centenares". Pero seguramente no son tantas, y perfumadas con Agua de Florida, no provienen de condesas, duquesas o damas de estimación, sino de modestas mujeres que entre los hombres que las rodean, no han visto por dentro ni por fuera, nada mejor que el traje de luces. Por el contrario, no resulta arduo probar cuán afectas son las mujeres a prodigar su admiración al ingenio y aun al talento, por feas que sean las cabezas donde se albergan.

Los poetas tienen admiradoras numerosas, que si no siempre saben aquilatarles, por lo menos los comprenden con la amorosa sensibilidad que distingue a nuestro sexo.

Y así, los pintores y los escultores, los psicólogos y los filósofos, los hombres de ciencia y los grandes políticos han contado siempre con admiradoras fervorosas. Conocido es el caso de Léonie Léon, la interesante mujer que amó a Gambetta con una de las devociones más raras que registra la historia, manteniéndose siempre en abnegado retraimiento, impulsando su labor desde la sombra, trabajando por él, cuidando de su reputación y de su gloria con una celosa inquietud de madre-amante. Para citar un hecho reciente, valga el de Einstein que, en París, se vio acosado de mujeres. ¿Ridículo?... No, de ningún modo. Ciertamente que acaso en su totalidad, no alcanzaron siquiera a vislumbrar su genio, pero le veneraron porque le sintieron grande.

Y ejemplos parecidos se repiten a diario, no con genios, claro está, ya que el genio es flor rarísima que no se cultiva en todos los climas, pero sí con hombres de talento a quienes siempre ama alguna mujer silenciosamente, con el espíritu de rodillas, con la más honda y devota pasión.

La mujer, por lo menos la mujer con alguna cultura, solo ama verdaderamente cuando admira, y es más grande el amor cuanto la admiración sea más fervorosa.

Mujercitas de hoy día (1924)[4]

Nuestras abuelas jamás sospecharon que la vida femenina habría de evolucionar de la manera tan radical como lo ha hecho, echando por tierra tradiciones, aventando prejuicios y estableciendo normas imperantes que han de seguir todas las mujeres, para satisfacción de su espíritu inquieto y *zozobrante*.

La mujer moderna, toda nerviosa y sensibilidad, no ha encontrado todavía manera de callar las ansias en que vive, desarrollando su actividad y satisfaciendo sus caprichos. No es posible acogerse a la vida sencilla y apacible en que el hogar es todo y la intimidad

[4] Este texto apareció en *Mundo argentino* el 4 de febrero de 1924.

en que se desenvuelve su existencia culmina sus deseos, sin sentir la necesidad de satisfacer miles de caprichos, de poseer pequeños deseos, que si nunca llegan a absorberla por completo, prodúcenle disgusto si no son conquistados, y de ahí su perpetua nerviosidad.

De la apacible vida de nuestros antepasados nada quedó, ante la avalancha de la vida moderna. Aquellos tiempos de mesa, de paseo, de teatro honesto y recreativo, de vistas y de noviazgos arreglados por las familias, pasaron, y solo perdura el recuerdo. Hoy son los tes en los hoteles de modas, los deportes, las excursiones, el auto, el flirteo, el *maquillage*, el vestir exótico, la camaradería y muchas extravagancias lo que impera y trastorna a las cabecitas locas de nuestras mujeres *modern-style*.

Una mujer *chic*, no puede vestir como las demás, ni aun siquiera respetar los dictados de la moda. Precisa dar una nota original, nueva, exclusivamente suya, que haga sentir cierto estremecimiento de envidia a las amigas. Estimándose como a algo en la vida, es necesario que tengan un perro y un novio igualmente feos, porque ahí está precisamente cierto toque de distinción que le hará dar una nota aparte de la eterna melodía que entonan sus amigas. Es preciso que se hable de su perro como de algo extravagante y de su novio como una verdadera *trouvaille*, feliz hallazgo que no todas han tenido la suerte de conseguir. Viene asimismo la felicidad de poseer un auto, si es grande, inmenso, mejor, para arrellanarse en un rincón, arrebujada en telas y abrigos raros y que la gente contemple a su feliz poseedora como una mimada por la Diosa Fortuna.

¿Cómo vivir sin todo esto? Preguntádselo a las muchachas apasionadas y las veréis echarse a temblar y hasta romper en llanto, como años atrás hacían ante la posibilidad de que se les estropeara una muñequita de *biscuit* y sedas. No es posible otra vida, os dirán mimosas, gatunas y sensibleras. La mujer es la más preciada joya del Universo entero, y como joya, necesita su estuche; le precisa lucirse en marco especial, y esta es la necesidad moderna. ¡Oh! ¡Qué horror si no se hubieran inventado los automóviles y los modistos no pusieran a contribución su alma de artista para crear *toilettes* verdaderamente llamativas! Todo gris, todo esfumado y eternamente monótono llevaría a la desesperación a las mujercitas modernas y caprichosas. No. No es posible pensar que la vida sea del modo que la quisieran pintar unos hombres feos y barbudos. La vida es otra, y papá no sabe lo que se dice cuando habla de que es preciso dejarse de frivolidades.

Obligaciones de la mujer[5] (1925)

Ningún papel tan grande e importante como el que la mujer ha de desempeñar cerca del hombre, siendo su compañera, guía de la familia, educadora de los hijos. Su labor se extiende a las más altas esferas del pensamiento y de los íntimos afectos del alma.

---

5 Este texto apareció en *Mundo argentino* el 4 de marzo de 1925.

Para desempeñar esta misión, la mujer necesita gran cultura, buen sentido moral y voluntad educada, firme, recta y mejor encaminada.

No se crea erróneamente que se necesita mayor intelectualidad o más exquisitas dotes anímicas para dedicarse al arte o al estudio de una ciencia, que para ser conscientemente directora del hogar.

Son tres los aspectos de esta misión:

Compañera, la mujer necesita convivir con el esposo, padre o hermano, aconsejarle, conocer sus negocios, acompañarle en la vida de sociedad, hacerle agradable el hogar y compartir sus cuidados y sus gustos.

Directora, ha de administrar los intereses de la familia, atender a sus criados, ropas, etc., de modo que se reciba la mayor suma de bienestar con el menor gasto posible.

Madre, ha de cuidar del desarrollo físico de los niños, de su fe religiosa, de su educación y del desenvolvimiento de su sensibilidad para inducirla al bien, guiando la voluntad hacia lo bello y lo bueno.

Lo primero que necesita una mujer es armonizar estos tres deberes tan complejos en uno solo y distribuir su tiempo de un modo que le permita atender a todo sin fatiga.

Lo primero del día es el aseo. La dueña de la casa cuidará del suyo, haciéndolo extensivo a los individuos de su familia y al arreglo del hogar.

Después dedicará el cariñoso saludo al esposo, a los hijos y demás individuos de la familia. Tratará de las ocupaciones extraordinarias del día. Se ocupará en las cuentas, administración, dará órdenes para el día siguiente y, libre de los cuidados domésticos, podrá atender a sus labores, sus aficiones artísticas, el solaz con sus hijos y las tareas de la vida social al lado del esposo, al que nunca, para acompañarlo en paseos, teatros, dejará de dar la preferente atención, etc.

Es un error descuidar al esposo, por la casa y por los hijos. La mujer casada ha de ser, ante todo, amante de su marido. Mientras él se entrega a sus preocupaciones, ella atiende el hogar, a los niños. Cuando el esposo llega, despreocupada de todo, no ha de tener más preocupación que serle agradable.

Jamás se hablará al esposo de las tareas o dificultades de la casa o del servicio. Jamás los niños se presentarán ante él sucios o mal vestidos, ni le imperarán sus ocupaciones o su descanso.

La compañera compartirá los gustos del marido: música, lectura, deportes, vida de sociedad o de retiro. Hay en este papel tanto de abnegación y de renunciamiento en favor de la dicha ajena, que se necesitaría estar muy ciego para [no] ver cuánta fortaleza hace falta para aceptar tamaña debilidad.

La *flapper* y la *garçonne* [6] (1926)

¿Dónde nació esa muchachita fina, de piernas largas, de músculos enjutos, de ojos inocentes y de labios pintados, a quienes los yanquis han bautizado con un nombre flexible y lleno de sonoridad, que suena en nuestra lengua como el nombre de un pajarillo?

En Francia se llama la *garçonne*. En nuestra lengua no tienen nombre. ¿Es que no existe la *flapper* en Hispanoamérica? Sí, desde luego: pero no hemos procurado darle un nombre. Nos asimilamos primero la denominación de Margueritte, y ahora la de Tío Sam, y todos entendemos.

Entre la *garçonne* y la *flapper hay* diferencias evidentes; la *garçonne* es menos graciosa y es más decidida. La *flapper* es más audaz y es más inocente. Se parecen las dos como que son hermanas gemelas, las hijas de nuestro siglo y de nuestra civilización.

Sería difícil averiguar en qué país del mundo hizo su aparición este elemento equívoco de la época actual. Prévost dio la primera alerta en *Les Demi-vierges* [(1894)] anunciando un tipo de curioso, contra cuya influencia nociva recomendaba a la sociedad ponerse en guardia. Pero antes que él, aunque presentándola como un tipo de originalísima excepción, se ocupó de ella una muchacha genial, Rachilde, en aquel libro, prodigio de intuición y de precocidad: *Monsieur Venus* [(1884)].

Indiscutiblemente es a Rachilde a quien le corresponde haber inventado el personaje que iba a llenar después toda clase de literaturas y a inundar el mundo de polo a polo. La *garçonne* de Margueritte, la Matilde de Prévost, Claudina de Colette, nada pueden enseñar a *mademoiselle* de Venerande, catedrática de libertinajes, de insensateces, de insanías, de absurdos. Verdad es que esta heroína de Rachilde parece más diseño de médico alienista o caso freudiano, que personaje de novela. De todos modos, los inventores de la *garçonne* en sus distintos nombres y facetas, han encontrado seguramente en *Monsieur Venus* fuente y manantial para derivar sus personajes. Ninguno de ellos ni todos juntos alcanzan a Mademoiselle de Venerande en procacidad y locura. La señorita de Venerande es casi un monstruo.

Cuando Colette lanzó su Claudina, muchacha bonita, osada, que arroja el rubor como un aditamento inútil, se levantó una polvareda de admiración y escándalo, y se procuró identificarla con sus similares de la vida real. Ahora, junto a nuestras *flappers* y a nuestras *garçonnes*, Claudina no pasa de ser más que una ingenuilla sin importancia. Sus desenfados, sus bravuconerías, sus atrevimientos, provocarían una sonrisa irónica en muchas colegialas de catorce años. La heroína de Margueritte no tiene mayor importancia.

---

[6] La primera versión de este texto apareció en *El Mercurio*, sin embargo, no se ha podido encontrar. Por ello, el texto base utilizado para esta transcripción es el reproducido desde esa versión original, en el n°14 de *Repertorio Americano*, el 9 de agosto de 1926. El texto fue reproducido en el n°11 de *Social*, en noviembre del mismo año.

Con excepción de esa primera caída con un desconocido, situación más ridícula que *epatante* y más inverosímil que posible, solo la todopoderosa *reclame* hace popular este libro mediocre. Sin embargo, Margueritte dio en todo sentido el golpe de gracia, no en el perfil moral de su heroína, que se parece, ya lo hemos dicho, a todas y a cada una de las anteriores, sino en detalles de pura exteriorización. Estilizó su tipo, le cortó los cabellos e inundó el mundo de cabelleras mutiladas. La visitó con traje casi masculino, le dio cigarrillos, le arrancó los pendientes y engomó sus flequillos y sus ondas peinándolas hacia atrás. La heroína de Margueritte resultó maniquí afortunado que impuso su tipo y traje de un solo golpe. Además, la bautizó con un nombre que iba a predecir su modalidad y sus destinos y le dio bríos para desafiar con él al mundo. Etiquetada en París, la *garçonne* se lanzó hacia todos los continentes con su historia ligera, su tenida arbitraria y su pasado precoz y misterioso. La imitaron todas, si no en el fondo, en la apariencia. La clásica muchacha desapareció, y se vio suplantada sin la más leve transición por esta otra libre, de falda provocativa y de cabellos cortados, que parapetea a veces inocencias auténticas bajo una rigurosa máscara de descaro.

Las consecuencias de esta innovación, para cuyo resultado estallante han construido tantos factores todavía no las conocemos.

Pero no deja de resultar tarea grata hacer el análisis de esta personilla que, al abandonar su tradicional recato, ha venido a ocupar un puesto de trascendencia en la sociedad, en las orientaciones nuevas y hasta en la política.

En las audacias de niña moderna, hay una escala imperceptible. El uniforme es eficaz, pero para un observador atento, es sin embargo fácil establecer diferencias, como le sería posible a este observador distinguir en un internado de señoritas bajo los uniformes sencillos e iguales, a la hija del nuevo rico, de la hija del viejo noble.

Entre las luces múltiples del *cabaret* a la moda y los chillidos de la orquesta de negros, la escala cromática de cabecitas portantes de todos los tipos de melena: la *flapper*, la *garçonne*, la virgen a medias…

La *flapper* es la mujer que no quiere dejar de ser niño. Las razas sajonas envejecen más tarde que las razas latinas. El sajón se hace hombre cuando ya está encorvado y tiene los cabellos blancos. El latino se hace hombre antes de tiempo y a veces nace hombre. En su precocidad desgraciada, apenas vislumbra de paso la época deleitable que se llama infancia, y continúa grave, soportando la vida con aire de soportar una pesada carga. La *flapper* es sajona. Es la mujer que pretende repetir el suceso maravilloso de Peter Pan. Sus piernas han crecido, y están tan largas como las de su madre, pero no importa. Ella ni quiere nada serio, ni quiere ser tomada en serio, y se abraza con todas sus fuerzas a esa juguetona infancia que pretende fugarse.

La *flapper* es una niña crecida, una mujer que pueriliza su espíritu, que se rodea de muñecas a quienes suele hacer ejecutar por contraste papeles de mujeres. Con su melena de muchachito, sus tacos bajos, su cuerpo flexible a fuerza de someterlo a todo género de escarceos infantiles, pretende suprimir de la vida toda madurez y finalidad. Camina,

pero no quiere llegar a ningún punto. "Ser niño siempre, morir siendo niño", parece ser su proyecto maravilloso. Si esta criatura fuera capaz de pensamientos orgullosos o de cualquier género de pensamientos, estimaría viejo a Voronoff, el de las complicadas teorías, un pobre viejo chocho…

La *flapper* ama, pero como los niños, sin complicaciones y sin lágrimas. La *flapper* suprimió de golpe el melodrama en la vida real. Si trabaja, lo hace jugando. Sus casas, adecuadas para que las habite su colección de muñecas importadas de Italia, puerilizan el mundo. El juego del *flirt,* en que es maestra, enseña sus piernas tentadoras y provoca a los hombres con la peligrosa sonrisa de su boca de Colombina; pero la verdadera *flapper* es invulnerable. Da vuelta en torno del amor, en rápidos círculos luminosos, sin dejarse tocar. Las flechas de Cupido no logran hacer brotar una sola gota de sangre de su corpiño inmaculado, y las tritura entre sus dedos como pajuelas para beber sorbetes. Se procura con egoísmo demasiado cínico de su belleza virginal, para consentir la arruga precoz de la desazón en su carita de *sportwoman*. Besa rara vez para no marchitarse los labios defendidos de toda intemperie por gruesa cinta de carmín. Acepta el amor como una partida de *tennis*, y en el perpetuo movimiento de su cuerpecito flexible, se diluye su sensualidad voluptuosa, que ya tiene bastante con la orquesta de negros, el perfume de moda, y el deporte genial de sus miradas libres.

El problema de Freud no existe para ella, porque para la *flapper* no existen los problemas.

El matrimonio es una cosa seria: la *flapper* no se casa. Y cuando se casa, su matrimonio no tiene la menor trascendencia. Se casa con su compañero de raqueta o de *shimmy*, porque sí, porque le ha venido el antojo de casarse. Tiene un hijo apenas, para quien discurre las modas más extrañas y deliciosas, y juega con él a las muñecas y con el marido juega a las visitas y al divorcio.

La *flapper* es una vagabunda. Tiene sed siempre y para satisfacerla, se multiplican en las ciudades las fuentes de níquel. Los tranvías, los automóviles, los transatlánticos aumentan y crecen para satisfacer sus voluptuosidades andariegas. Su sed de placer agita el mundo. Trabaja jugando y derrocha el dinero de su trabajo y el del trabajo de los demás. Hombres y mujeres trabajan sin cesar para que este fragmento risueño de la sociedad pague a su peluquero, a su *manicure*, a su mueblista inverosímil y a su todavía más inverosímil modisto.

La *flapper* se ríe. En racimos jugosos —*la flapper* es social por excelencia— se ríe en todos los rincones del planeta. Desde la Tour Eiffel, resbala en torrentes de lava luminosa por toda la tierra con la insignia de su arte nuevo: no envejecer. La *flapper* amenaza convertir el mundo en un inmenso té danzante con ladridos de perros y armonías desorbitantes donde su cuerpo asexuado se agite a placer entre la guerra y la política, el arte y todo junto, cuyo sordo rumor le será un acompañamiento nuevo, cada vez más disminuido y menos verosímil.

La *garçonne* ríe, juega, es niño también, pero su infantilismo es más de apariencia. La *garçonne* es una fracasada. Tomó las cosas con demasiada gravedad. Niña todavía quiso ser mujer y un atroz desencanto la instó a enmascararse en su tenida infantil. La *garçonne* fuma sin alegría, con sensual voluptuosidad y lleva en los labios un rictus amargo. *La garçonne* es una soñadora y una desgraciada. Por base es descontenta. Huye entre el tumulto de sus hermanas las *flappers*, de sus turbulencias espirituales. La *garçonne* es mala o es buena. Padece siempre porque no tiene fe. La *flapper* goza, la *garçonne* se aturde. Nació para una vida quieta con un marido amante y un racimo de niños jugueto-nes. La vida se los negó y ella se venga de la vida amargándola cuando está en su mano. Tiene un desdén sombrío por lo que primero deseara tanto, y la naturaleza rencorosa de los fracasados. Odia a los hombres por aquel hombre que la repudió a ella, y como los anarquistas fructifican en los terrenos de la fuerte ambición, *la garçonne* creció y desarrolló sus impulsos rencorosos en medio del más desenfrenado amor al amor.

La garçonne viste como un hombre y vive como un hombre. Trabaja a veces como un hombre para poder rechazar con solemne desdén el apoyo del hombre. Odia todo lo que pudo amar y a pesar de su aire encantador y frágil, es en medio de la sociedad un elemento disolvente y anárquico, con una bomba de sarcasmos en cada una de sus manos pequeñas y crispadas.

La garçonne empieza a rozar las cosas como la *flapper*, pero acaba por entregarse, porque el dolor es sensual. La *garçonne* es casi siempre una virgen a medias. ¿Y por qué a medias, nada más que a medias? Porque conserva su aire juvenil, la exigüidad de sus caderas, que niegan espacio a la maternidad, su habitación vacía, donde no admite al compañero cuya voz o ademán pudiera turbar su sueño de virgen corrompida.

La virgen a medias se casa a veces por vengar en un hombre solo su rencor con los hombres, y continúa aún casada conservando su aire fino de doncella, la tensión erecta de sus pechos inútiles para todo infante, su cintura estrecha, su mirada de apariencia dulce aunque emboscada y feroz.

Algún suceso inesperado —un hijo, por ejemplo— puede convertir su anarquía en concordia, como ocurre en ciertos comunistas pobres, a quienes una sorpresiva herencia les torna reaccionarios; pero el mal de virgen a medias se cura rara vez.

El divorcio[7] (1928)

Tanto se ha escrito y se ha dicho sobre el divorcio, que casi hay una especie de pereza en insistir sobre un tema al cual no se puede llegar sin caer en la majadería. Sin embargo existe en las gentes una especie de ansiedad. De oír opiniones y más opiniones

[7] Este texto apareció en el n°5, del 31 de agosto de 1928, de revista *Atenea*.

sobre un tema tan discutido y discutible, de manera que aunque ya está todo dicho, siempre se quiere oír algo más.

¿Es conveniente el divorcio, es inconveniente? ¿Sus ventajas? ¿Sus desventajas? Son las eternas preguntas que continúan formulándose a pesar de todas las respuestas. Contestaremos una vez más, bien seguros por cierto de que nuestra respuesta solo servirá para formular preguntas nuevas.

El divorcio debe existir, pero esta afirmación no significa que el divorcio constituya un agradable deporte. Y es preciso puntualizar en este sentido, porque la gente suele confundir el deseo, de importar en nuestro país una medicina saludable en numerosos casos, con el deseo de atraer sobre nosotros una diversión generalizada en otros países, al parecer, más civilizados. El divorcio, como necesidad dolorosa y no como una modalidad agradable, es lo que debe convencer a los reacios que continúan escandalizándose por la intervención legal, como se escandalizaban nuestras abuelas por la intervención del médico en las enfermedades de señoras.

Se trata de una medicina amarga, o más bien dicho de una amputación. Ningún cirujano se atrevería a poner en duda la necesidad de amputar una pierna gangrenada, y a nadie se le ha ocurrido discutir sobre el particular, porque se supone que no hay individuo capaz de someterse a operación semejante por gusto.

Sin embargo, se discute el divorcio. Sus impugnadores imputan al divorcio la desgracia de los hijos. Es un absurdo. No creo que para los hijos sea una felicidad que sus padres se divorcien. Pero tal situación no puede ser para ellos sino la consecuencia de hacer tenido la desgracia de nacer de un matrimonio mal avenido, y el divorcio no puede sino disminuir su desdicha, porque generalmente los que se divorcian lo hacen impulsados por una situación insostenible, que con toda seguridad no han sido capaz de disimular ente sus hijos, inocentes espectadores de una de las tragedias domésticas más degradantes.

El impugnador del divorcio contempla con tristeza a los hijos que ven en épocas determinadas del año o del mes, a la madre o al padre de quien están separados. Se conduele de ese dolor visible. Nunca se condolió, sin embargo, de la melancólica palidez del niño que pasó una noche entera despierto, escuchando con no poco terror las inacabables reyertas de un padre grosero o de una madre torpe.

Una de las cosas tristes del mundo es visitar una casa de huérfanos. La ternura artificial de los pequeños sin madre es cosa para arrancar lágrimas al corazón más empedernido. Pero a la Casa de Huérfanos no van los niños felices, y no sería razonable que para evitarnos la tristeza de mirar sus altos muros que encierran el gran criadero de niños abandonados, las echáramos abajo. Si no existieran las casas de huérfanos, nosotros no recordaríamos tantas veces que hay tantos niños abandonados a quienes recogió la caridad pública, pero esos niños no recogidos serían todavía mucho más desgraciados.

Eso es el divorcio en lo que a los niños se refiere, e insistimos sobre este punto, porque es el único susceptible de admitir discusión. Bajo ningún otro aspecto pueden el hombre y la mujer civilizados pretender que dos personas que desean separarse permanezcan

unidas. El Estado, tan deseoso de obtener para todos los ciudadanos una libertad cívica máxima, no puede contener esta libertad solo en los límites urbanos, mientras dentro de las casas se desarrolla, sin avanzar un paso, la perpetua tragedia de la más abyecta esclavitud.

La cuestión religiosa no vale ni siquiera ser mencionada. El divorcio no se haría para los católicos fervientes. Para ellos es una medicina que está de más. El alto ideal de su fe cristiana les permite soportar sin sufrimiento una situación que para el resto menos dichoso de la humanidad resulta intolerable. Como jamás se consultaría el divorcio obligatorio, los católicos quedarían simplemente fuera de esa ley. Y el que se mantuvieran en discreta reserva, sin pretender imponer a sus convecinos la cadena perpetua en esta vida y la salvación forzosa en la otra, dependería de su cultura individual.

Hay quien supone que una vez aceptado el divorcio, todo el mundo se divorciaría. Si así fuera –para saberlo con exactitud habría que levantar el censo de los matrimonios felices– querría decir que se ha tardado demasiado en importar la medicina para un estado de cosas tan cruel. Es lógico, por lo demás, que los divorcios alcancen al principio un número relativamente crecido, para disminuir luego que se hubiere restablecido la situación normal.

Más interesante que dilucidar si debe o no debe instituirse el divorcio, sería averiguar las causas, seguramente complejas, del porqué no tenemos en vigencia desde hace mucho tiempo una ley indispensable.

Seguramente el factor que más ha influido en esta materia ha sido el prejuicio religioso, la iglesia católica, inapelable en su poderoso matriarcado, no se ha querido resignar jamás, a pesar de su espíritu de alta nobleza y generosidad, a permitir que sus hijos piensen por sí mismos.

El divorcio debe existir.

¿Sus ventajas? ¿Sus desventajas? Tiene la palabra el que quiera seguir respondiendo a estas preguntas.

¿Qué derechos debe pedir la mujer?[8] (1936)

La mujer debe obtener la totalidad de sus derechos políticos, porque ya nadie, a no ser unos cuantos misóginos, obtusos y pedantes, se atreven a firmar la inferioridad de la mujer respecto del hombre.

---

[8] Este texto fue reproducido en el n°11, de noviembre de 1936, de *La mujer nueva*. Lamentablemente, no se señala la fuente original desde donde se extrajo, pero sí se antecede con las siguientes palabras y el título "De María Monvel": "Acaba de morir esta mujer que, en un momento dado de su vida, se interesó por la causa de la mujer; que incluso quizás en otro medio, habría tal vez llegado a ser útil socialmente. / Hoy nos place reproducir algunas líneas suyas, en las que objeta algunos razonamientos masculinos opuestos a la emancipación de la mujer".

Esta afirmación no significa que la mujer sea igual al hombre. No puede serlo por cuanto se trata de seres diferentes y si le es inferior en algunos aspectos, le supera en otros. El hombre alcanza más talento, la mujer más sagacidad y malicia. El hombre es más fuerte, la mujer soporta mejor y por más tiempo el dolor. El hombre innova, la mujer conserva. El hombre ama la calle, donde están la novedad, el riesgo, la oportunidad, el trabajo remunerado; la mujer prefiere la casa, donde el trabajo no se paga, ni se rige por horas; la casa y la paciencia infinita al lado de los hijos. Si los hombres nacieran todos huérfanos de madre, la humanidad sería un hato de bandidos. La mujer, como me dijo un día cierto señor de aquellos que niegan a la mujer sus derechos, debe, en la mayoría de los casos, y exclusivamente, su situación social y financiera al hombre, sea este padre, hermano o marido, pero no habría hombre que obtuviera situación alguna sin el apoyo y la influencia directa o indirecta de la mujer.

El hombre comete, pues, grave ingratitud y da pruebas de torpeza al no contar también en los asuntos públicos con la innegable influencia y el decidido apoyo de las mujeres para regir los destinos de los pueblos. Aquel viejo pretexto del abandono del hogar, no es más que un necio absurdo. La mujer robará el tiempo a sus tés y a sus distracciones vanas, si se le requiere para emplearlo mejor, pero no al hogar, fundamental razón de su ser. Así como el hombre no puede, por razones de íntima constitución, entregarse gustoso a las monótonas tareas domésticas, a la mujer, cuando la calle le sea asequible, ambicionará llegar al hogar como su natural refugio, y no apartará jamás del hijo el ojo avizor.

La civilización altera las capas exteriores del hombre, pero no sus raíces profundas.